

El tesoro escondido y otras fotos de familia

Silvia Schujer

Ilustraciones de Pez





www.loqueleo.santillana.com

© 2005, SILVIA SCHUJER
© 2005, 2013, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4512-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: ALBERTO PEZ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schujer, Silvia Graciela

El tesoro escondido y otras fotos de familia / Silvia Graciela Schujer ; ilustrado por Alberto Pez. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

88 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4512-2

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Pez, Alberto, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El tesoro escondido

y otras fotos de familia

Silvia Schujer

Ilustraciones de Pez

loquele^o

EL TESORO ESCONDIDO



*A mis primas
Irene y Nora*

“¡Qué primor!”, decían todos cada vez que llegaba una foto de la nena. Todos eran: mis abuelos, mis padres, ciertos tíos, los vecinos y cualquier incauto que pasara por ahí y aceptara mirar esa foto. La nena era nuestra prima. La hija de la hermana de mi mamá que se había casado con un extranjero, se había ido a vivir con él a su país y, desde entonces, no había vuelto más: por la distancia, por el trabajo del marido y sobre todo por la nena, a la que cuidaba con paciencia de orfebre.

La última foto de la nena había llegado hacía poco y la verdad es que, a juzgar por mi aspecto y el de mis dos hermanas, la prima parecía una especie de angelito bienhechor. Tan prolija, tan bien vestida, tan sonriente y con los dientes tan parejos. Tan distinta de nosotras –repetía mi mamá con cierto pesar– que teníamos la boca llena de fierros por los malditos aparatos, la nariz tapada cada dos

por tres, la ropa siempre salida de su sitio exacto y la cabeza peinada a lo plumero.

Pero nada de esto duraba demasiado. Porque una vez que pasaba el furor de ver a la nena en la foto recién llegada, todos los parientes seguían su vida normal y nosotras (mis hermanas y yo) también. Volvíamos a ignorar los espejos y a esa carita de ángel que nos miraba desde el retrato y que, de haber podido, más de una vez hubiéramos llenado de cuernos y bigotes como nos gustaba hacer con las fotos de las revistas.

Hasta que un día la nena cumplió once años (la edad de mi hermana del medio) y el cartero nos trajo la noticia. Que la prima vendría de visita en las vacaciones de invierno. ¿Con sus padres? No, sola (como le había recomendado la psicóloga a la pesada de mi tía). ¿A un hotel, a lo de los abuelos? Tampoco. El primor llegaría en avión al aeropuerto y de allí directo a mi casa, donde compartiría siete hermosos días con nosotras. ¿Por qué hermosos?, nos preguntábamos. ¿Por qué anticiparse a lo que ocurriría, con esa palabra tan ñoña?

La noticia, como se ve, no pudo habernos caído peor. Para colmo, desde que mis padres la recibieron y nos la transmitieron a nosotras, el

modo de vida en la casa se transformó por completo: vendría un angelito educado cual piedra preciosa y habría que ponerse a la altura.

A partir de entonces y, para adquirir mejores hábitos, éstas fueron las reglas que se nos impusieron: nada de andar haciendo ruidos raros al sorber la leche, nada de meterse las tres juntas en el baño para hacerse compañía, nada de pelearse como fieras por una última porción de torta, nada de poner el volumen de la música como si todos en la casa fueran sordos, nada de usar los dedos de pañuelo y mucho menos las mangas, nada de malas palabras entre hermanas y nada de muchas otras cosas que hacían a las delicias de nuestra vida.

“A ver mis señoritas”, empezó a llamarnos mi mamá todas las mañanas antes de que saliéramos al colegio. Y acto seguido nos torturaba un buen rato con el peine hasta no dejarnos un solo pelo capaz de rebelárseles a las hebillas.

“A ver mis mujercitas”, empezó a decirnos mi papá. Claro que menos convencido porque se le notaba a la legua que recibía instrucciones y que una de ellas había sido dejar de jugar al fútbol con nosotras. Al menos por un tiempo.

Hasta que por fin el día llegó —un domingo—, la prima también y con ella no sólo las vacaciones, sino —sobre todo— el aliciente de que a partir de entonces quedaba una sola semana para que el primor se fuera y volviéramos a la normalidad.

Apenas la instalamos en su habitación, que no era otra que la nuestra (aunque no se notara por el orden), empezaron a tocar el timbre los parientes.

—¡Qué tesoro! —decía cada uno que entraba y que, al verla, le retorció los cachetes.

—¡Qué dulzura! —repetía mi abuela y nos miraba de reojo a nosotras para que hiciéramos que sí con la cabeza. Y así toda la santa mañana hasta que mis padres —a media tarde y fritos de cansancio— echaron a la parentela con la mayor educación que pudieron y se fueron a dormir una siesta.

No bien nos quedamos solas en el cuarto, la nena —que se veía tan linda como en las fotos— nos abrazó a mis hermanas y a mí, nos contó veintidós chistes verdes que se había anotado en la que llamaba su secreta LP (Libreta Puerca) y nos propuso, para esa misma noche, enseñarnos a jugar al

póquer. “Pero apostando plata”, nos adelantó. Por lo cual las tres tuvimos que recurrir a nuestros ahorros y a recolectar monedas por todos los rincones, cosa que apenas logramos porque en mi casa no suele haber un peso ni partido al medio.

Al día siguiente, antes de almorzar, cara de ángel se ofreció gentilmente a poner la mesa, para orgullo de su tía que no podía creer semejante actitud. Y todo fue muy emotivo hasta que apenas empezamos a comer y mi madre se distrajo con la tele, la nena nos mostró a mis hermanas y a mí cómo se metía un fideo larguísimo en la nariz y después lo dejaba colgar como un moco.

Fue tanta la gracia que nos causó y tal el esfuerzo que hicimos para reírnos en silencio, que no pudimos imitarla de entrada. La primera que lo intentó fue la más chica, con tanta mala suerte que mi madre justo se dio vuelta, la vio meterse el tallarín en la nariz y casi nos mata. A la nena no, a nosotras: sus tres tiernos retoños. Al final contuvo su impulso para no quedar mal con la invitada ilustre y sólo nos fulminó con la mirada.

“Aprendan un poco”, nos retaba en esos días poniéndonos de ejemplo a la primita. Y nosotras no decíamos nada porque, a diferencia de lo que

habíamos tramado antes de conocerla (arruinarle las vacaciones) ahora estábamos encantadas con el primor de prima que nos había tocado. Con su buen humor y su infinito ingenio para hacer lo peor sin que a su cara de ángel se le moviera un gesto.

“A ver si aprenden un poco”, repetía ciegamente mi mamá. Y la verdad es que de todo lo que compartimos con nuestra prima durante su corta visita nos quedó alguna enseñanza: cómo disimular la mugre de las uñas, por ejemplo. O poner bizcos los ojos. Cómo subir a un ascensor automático y tocar los botones de todos los pisos un segundo antes de bajar. Cómo fabricar lágrimas, hipo, dolores y, sobre todas las cosas, qué cara poner en las fotos, para que sus padres (los de ella y orgullosos) nos inviten un día a las tres.



TÍO NÉSTOR COCINA LOS VIERNES



